

# Uno

---

*El general Aoun se refugió en la embajada francesa en octubre de 1990 después de que el gobierno del Líbano recurriera a fuerzas sirias de tierra y aire para sacarle de su búnker en el palacio presidencial de Baabda, un distrito de Beirut. Cerca de setecientos cincuenta personas murieron en la batalla, una de las más cruentas en los quince años que duró la guerra civil en el Líbano.*

*La derrota del general Aoun y los quince mil hombres que conforman su facción cristiana permitió al gobierno empezar a restaurar la paz y reafirmó el decisivo papel de Siria en el Líbano.*

—New York Times, 30 de agosto de 1991

*Damasco, Siria, octubre de 1990: Bob*

Cuando el avión de Lufthansa se detiene en Damasco, la capital siria, media docena de pasajeros se pone de pie: empresarios alemanes, supongo, deseosos de probar suerte vendiendo algo al régimen sirio. El resto de los pasajeros permanece en sus asientos. Van de camino a la capital de Jordania, Ammán.

Dos hombres en mono de trabajo empujan una escalera destartalada por la pista. Es tarde, en la deteriorada terminal las luces, en su mayoría, están apagadas. Yo sigo sentado. Sé cuán lentas son las cosas aquí.

Cuando la sobrecarga empieza a abrir la puerta de la cabina, oigo al capitán por el intercomunicador: «Por favor, vuelvan todos a sus asientos y, señor Robert, ¿sería tan amable de pasar a la parte delantera?».

Los pasajeros que estaban preparados para descender del avión se miran entre sí para asegurarse de que han entendido bien y luego vuelven a sentarse, con su equipaje de cabina en el regazo. Sé lo que están pensando: Damasco es un lugar exótico y cualquier cosa puede suceder en un sitio así. Pero no es un lugar para ir por ahí desafiando a las autoridades.

Esto es una chapuza. Debían haberme contactado en Inmigración y allí sí llevarme aparte. Pero en todo caso recorro el pasillo con rapidez. Enfundado en mis tejanos Levi's, con mi camiseta y mi jersey con cuello de pico, no parezco siquiera un empresario dedicado a negocios turbios. Todo lo que puedo decir es que estoy contento de que la gente de Lufthansa haya confundido mi nombre con mi apellido cuando abordé el avión en Frankfurt.

Al pie de la escalera hay un hombre vestido con una bata azul manchada de grasa que me hace señas para que baje y me suba a su Peugeot de Syrian Air. El estado del vehículo es igual al de la escalera. Me subo al asiento del pasajero y el señor Bata Azul se pone al volante. No dice una sola palabra mientras recorremos con lentitud la terminal, pasamos por una puerta de carga que dos soldados sirios mantienen abierta, y nos detenemos junto a tres coches BMW negros idénticos. Un hombre que se encuentra de pie junto al coche del medio abre la puerta trasera, toma mi bolsa y me invita a subir. En el asiento trasero se encuentra un hombre que conocí en Ginebra, un amigo de Alí, el responsable de haber puesto en marcha todo esto. El hombre me estrecha la mano y me da la bienvenida a Damasco. Le dice al conductor: *Yallah* («vamos», en árabe).

Es poco más de medianoche.

Una vez dejamos el aeropuerto, los tres BMW despegan. Deben de ir a más de ciento cuarenta kilómetros por hora, ciento sesenta quizá. La velocidad disminuye cuando llegamos a Damasco, pero una vez hemos superado el centro de la ciudad, volvemos a acelerar en la carretera hacia Beirut. Mi amigo de Ginebra no dice una palabra. Mientras miro pasar la oscuridad por la ventanilla, pienso en la cadena de acontecimientos que me ha traído hasta aquí.

En otra época, Alí era un general del ejército sirio. Hoy es un empresario riquísimo que posee una magnífica casa de campo en las colinas de Cannes, una mansión espectacular en Ginebra y elegantes residencias ocasionales por todo el mundo. Dos años atrás, en Ginebra, le telefoneé así, sin más: no esperaba ni que me diera la hora. Pero prácticamente desde ese día ha estado enseñándome las particularidades de Siria y de su reservado presidente, Hafez al-Asad.

Desde el pueblo de Alí podía llegarse caminando al de Asad. Y su padre conocía al padre de Asad. Alí me dijo que nunca podría entender la Siria de Asad si no entendía el funcionamiento de estos pequeños pueblos de las montañas alauitas.

—La clave son las relaciones, la lealtad, la confianza.

Apenas unos pocos días antes, había pasado por la residencia ginebrina de Alí justo cuando llegó la noticia del cierre de la embajada estadounidense de Beirut debido al recrudecimiento de los combates en el Líbano (y de que Siria había amenazado con intervenir con su ejército para poner fin a la lucha). Alí lanzó un suspiro, antes de decir que la reanudación de la guerra civil en el Líbano no interesaba ni a Estados Unidos ni a Siria. Era inusual que nuestros países tuvieran intereses en común, dijo. Y ésta era una de esas inusuales ocasiones.

Alí me explicó algo que yo ya sabía, a saber, que el hombre que estaba intentando arrastrar al Líbano a una nueva guerra civil era el general Aoun, un cristiano maronita y ex jefe del ejército libanés. Mientras hablábamos, Aoun estaba intentando reclutar a sus correligionarios en una guerra campal contra Siria. En particular, Aoun quería el apoyo del jefe de las Fuerzas Libanesas, una milicia cristiana, al que había dicho que contaba con el respaldo pleno de Estados Unidos. Eso no era cierto, pero, como le dije a Alí, no había nada que Estados Unidos pudiera hacer al respecto ahora, porque ya no teníamos una embajada en Beirut que explicara la situación al jefe de las Fuerzas Libanesas.

Alí me preguntó si estaría dispuesto a viajar al Líbano para decirle al jefe de las Fuerzas Libanesas que Aoun era un mentiroso: siendo un funcionario estadounidense, seguro que me creería. En un primer momento, no pensé que estuviera hablando en serio. El aeropuerto estaba cerrado y era complicado cruzar la frontera siria. Alí, sin embargo, dijo que podía encargarse de eso. Y cumplió con su palabra.

En algún momento después de la una de la mañana, empezamos a ascender las montañas que se alzan entre Siria y el Líbano. En la frontera, el convoy gira a la derecha para tomar la carretera militar. Un soldado nos observa en silencio. Tan pronto hemos pasado, me doy la vuelta para verlo cerrar la puerta a nuestras espaldas.

El lado libanés de la frontera está vacío, es tierra de nadie, y por delante tenemos un recorrido en línea recta a través del valle de la Bekka. Poco después de las dos de la mañana, llegamos a las montañas y tomamos una carre-

tera estrecha. Apenas hemos avanzado unos ochocientos metros cuando el primer BMW se detiene y mi compañero de viaje por fin rompe su silencio. Me dice que pronto tendrá que dejarme y que un tal capitán Walid me acompañará el resto del camino.

Menos de dos kilómetros después, volvemos a detenernos en los límites de un poblado.

Antes de que pueda salir del vehículo, un viejo Mercedes se acerca a nosotros. Un hombre en vaqueros y camisa desciende del coche y se presenta como el capitán Walid. No me lo dice, pero sé que pertenece a la inteligencia siria. Abre la puerta trasera del Mercedes y entro. El capitán Walid se sienta delante, junto al conductor. El conductor no me mira. Volvemos a ponernos en marcha.

La carretera de las montañas tiene sólo un carril y largos tramos llenos de baches. Hay demasiada oscuridad para ver si los poblados por los que pasamos están habitados o, incluso, para saber dónde estamos, pero los edificios bombardeados nos indican que nos acercamos al frente. Kilómetro y medio después, aproximadamente, el conductor tiene que descender del coche para quitar un par de rocas que obstaculizan el camino, son lo único que separa al ejército sirio de la milicia cristiana de las Fuerzas Libanesas. En este frente ha habido combates desde 1975.

Nos detenemos en los límites externos de una población abandonada.

—Vamos a esperar aquí —dice el capitán Walid.

Así que echo una cabezada.

Cuando despierto, está amaneciendo. El conductor se ha ido y el capitán Walid tiene la mirada fija al frente. No tengo ni idea de qué puede estar mirando, y cierro mis ojos con la esperanza de poder volver a conciliar el sueño. Quizá cinco minutos después, el capitán Walid dice que es hora de que me vaya. Sale del coche y me abre la puerta.

En la carretera, a unos cuarenta y cinco metros de donde nos encontramos, hay un Isuzu blanco con un hombre al volante. Camino hacia él. El aire fresco me despierta. Puedo ver abajo el valle de la Bekka. Es difícil saberlo, pero creo que estamos en las montañas que quedan delante de Trípoli.

Me subo al asiento del pasajero del Isuzu. El conductor me pregunta si tengo hambre y, sin esperar mi respuesta, me alcanza un *manoushe* envuelto en papel: un pan plano aderezado con aceite de oliva y tomillo. Saca uno para él de la bolsa que tiene entre las piernas y ambos comemos. Luego enciende el motor y partimos.

Hacia las ocho de la mañana empezamos a ascender a través de un paso empinado. En la cima nos topamos con un súbito horizonte acuático: el Mediterráneo. Diminutos barcos pesqueros se dirigen de regreso al puerto. Las poblaciones por las que ahora pasamos están despiertas, la gente habla delante de las tiendas de comestibles y las panaderías. Cada pueblo tiene su iglesia y un pequeño parque municipal, bonito y cuidado, provisto de columpios.

Una hora más tarde, llegamos a la carretera costera que une Trípoli con Beirut, pero apenas permanecemos diez minutos en ella. El Isuzu vuelve a tomar la ruta de las montañas cuando vemos el cartel que anuncia Laqlouq, un pequeño centro vacacional en las montañas.

Los chalés y los hoteles de Laqlouq están cerrados por la temporada. El conductor vira hacia un camino de grava, flanqueado por pinos, y nos detenemos enfrente de una casa con techo a dos aguas. Estacionado delante de la vivienda hay un todoterreno de las Fuerzas Libanesas con un aparato de radio. Cuando salgo del Isuzu, puedo oír el ruido de la artillería pesada en dirección a donde está Beirut.

El jefe de las Fuerzas Libanesas (calvo, las mejillas hundidas, vestido de verde oliva) me abre la puerta.

—Gracias por venir —dice al tiempo que me estrecha la mano.

Me conduce al salón, donde nos espera una hermosa mujer vestida con pantalones de lycra y un chaleco de piel de cordero.

—Mi esposa —dice mi anfitrión.

También ella me estrecha la mano y los tres nos sentamos delante de la chimenea.

Decido empezar.

—Estados Unidos no apoya en absoluto al general Aoun. No importa qué pueda haberle dicho sobre emisarios secretos de Washington y canales de comunicación extraoficiales, nada de eso existe.

La esposa del líder de la milicia me interrumpe.

—Si eso es cierto, sabe lo que eso significa...

—Éste es un asunto estrictamente libanés. Es el Líbano el que ha de decidir qué hace con Aoun: seguirlo a una guerra contra Siria o derrocarlo. En uno u otro caso, no esperéis apoyo de Estados Unidos.

Justo en ese momento, oímos una descarga de artillería procedente de las montañas que hay sobre nosotros. Para poder alcanzar Beirut desde allí, tienen que ser cañones de 155 milímetros.

—¿Por qué dice que cuenta con el respaldo de Estados Unidos? —me pregunta el jefe de la milicia.

—Es un mentiroso.

—¿Podemos confiar en usted? —me pregunta la esposa.

—Eso tendréis que decidirlo vosotros.

Cuando terminamos, vuelvo al Isuzu, que ha estado esperándome fuera de la vivienda. Si tengo suerte, estaré de regreso en Damasco hacia el anochecer.

No sé si mi mensaje ha tenido algo que ver, pero una semana después se desencadena una batalla entre las Fuerzas Libanesas y las unidades del ejército leales al general Aoun. Aoun pierde y se refugia en la embajada de Francia. Estados Unidos nunca movió un dedo para ayudar a alguno de los bandos.

Es extraño. En este negocio, todo el tiempo estamos mintiendo y viviendo bajo identidades falsas. Le chupamos el alma a nuestras fuentes, saqueamos a nuestros contactos. Todo arreglo tiene una vuelta de tuerca; todo favor lleva su pagaré. Pero al final, todo se reduce a lo que Alí mencionaba a propósito de un contexto ligeramente diferente: relaciones, lealtad, confianza. Tienes que prestar atención al aspecto humano. Sin ello, no tienes nada.